

# LA IGLESIA DE RENTERIA, PESCADORA DE ALTURA

Acaso sea porque los primeros discípulos de Jesús fueron pescadores, o porque este oficio, al viento siempre, entre el mar y las estrellas, tiene abierto constantemente el camino del Cielo, lo cierto es, cualquiera que sea su causa, que los pescadores han mantenido en todo momento unas relaciones muy estrechas con la Iglesia. Al menos, en nuestro País, que es el ámbito geográfico que aquí nos interesa. Las iglesias, torres y retablos de la costa vascongada han sido construídos, en gran parte, con las partijas de unos beneficios pesqueros. Eran los diezmos y primicias del «Levítico», que nuestros pescadores satisfacían con escrupulosa religiosidad. No debió rezar con ellos aquel viejo refrán, socarrón y escéptico, que decía:

«Los diezmos de Dios,  
de tres blancas, sisar dos.»

Al menos, es fama que cumplieron el precepto fiscal religioso de buena manera. Aunque tampoco es prudente abrir un crédito muy amplio a la fama, pero parece evidente que las lenguas de ballena, la parte más codiciada de los cetáceos, solía ser para la Iglesia; y también los atunes más duros y macizos, y los besugos más limpios y relucientes. De cualquier forma, eran los diezmos de Dios, y los pescadores, que desde los tiempos de Nuestro Señor se sabían sus hijos predilectos, aunque las olas, el viento y el frío se levanten, a veces, huracanados contra ellos, no le regatearon nunca su sacrificio.

Claro que la Iglesia ha sabido corresponder a esta lealtad de los pescadores poniendo a su servicio sus más caros anhelos. Pero, en Rentería, aún puede decirse más. Su iglesia, concretamente su iglesia parroquial de Santa María, en su deseo de compenetrarse con sus pescadores y de compartir con ellos sus angustias y sus penas, sus alegrías y sus beneficios de una manera total y plena, se hizo pescadora, ella misma. Y esto, ya no creo que sea tan frecuente; al menos, que yo sepa. La Iglesia ha sido siempre, no sólo simbólicamente, sino espiritualmente, también pescadora, pescadora de almas. Pero lo que se dice patrón de pesca, con lanchas, con artes y con remos, no creo que lo haya sido. Y, sin embargo, la de Rentería lo fué. Ya lo he glosado antes de ahora, pero no creo que haya inconveniente en que lo refiera otra vez, tanto más que no he sido yo quien lo ha descubierto. Don Serapio Múgica y don Fausto Arocena lo recogen en los capítulos monográficos que añadieron, en su edición, al texto de Gamón, "*Sobre las Noticias históricas de Rentería*". Pero como estos libros no llegan a todas las manos, bien está que aireemos el suceso con motivo de las fiestas patronales.

El hecho es que la iglesia de Rentería, en su deseo de ayudar a los pescadores de la localidad, constituyó una hermandad —la Hermandad de San Pedro—, y adquirió tres lanchas, la «Magdalena», la «Asunción» y la «Santa Clara» y «varios batelicos pequeños». Fué a fines del siglo XVIII y se mantuvo hasta finales del siglo siguiente, de forma que no fué una empresa circunstancial nacida al fulgor de un momento y desaparecida en seguida por falta de contenido. Su larga pervivencia hace suponer que funcionara bien y

con buenos resultados económicos; en lo demás, no se habría mantenido tanto tiempo. No conozco los libros de contabilidad, pero ya merecía la pena examinarlos si se conservan, pues fué sin duda un antecedente de las Cooperativas obreras de producción que, después, estuvieron y aún lo están, tan en boga.

Los motivos que tuvo la iglesia renteriana para hacerse a la mar son muy curiosos. La juventud, en aquella época, ganduleaba bastante; acaso no había trabajo para todos en el pueblo. Y la Parroquia pensaba que trabajando estaría mejor. Fué una preocupación de padre que acaba poniendo una tienda al hijo ocioso; no sólo para buscarle ocupación, sino para alejarlo de otros peligros que florecen en la ociosidad. Pero aún había más: sin trabajo en la villa, los mozos emigraban, y lo que era peor, muchas veces lo hacían como polizones. Esto no era serio. Una parroquia está en el deber de cuidar de los feligreses; y de las feligresas, también, pues aunque don Serapio y Arocena no lo digan, deduzco yo, que, al marcharse ellos, quedarían las chicas, solteras. Y eso tampoco está bien. Sería, a no dudar, otro motivo de preocupación: las solteronas han dado siempre muchos quebraderos de cabeza a los párrocos. Y el celoso cura de Rentería andaría revuelto con tanto y tan serio motivo de inquietud. Consultaría con unos y con otros hasta que, al fin, alguno le sugeriría la idea:

—¿Por qué no compra su mercé unas lanchas?

—¿Unas lanchas? —pensaría el buen párroco.— Menudo lío. Otro más.

Pero al cabo de darle vueltas y más vueltas, en su magín, durante sus paseos por la sacristía, pensaría que acaso fuera una solución. Peor era que los chicos estuvieran ociosos y que, cansados de holgazanear —no hay nada que canse más que no hacer nada,— emigraran del pueblo, de mala manera, y dejaran a las chicas para vestir santos. Después de todo, para este menester, bastan en un pueblo con muy pocas.

Y, al fin, un día se decidió: compraría las lanchas. Por muchos problemas que este patronazgo le crease, era indudable que le resolvía otros muchos. Y no chicos. Además, si las lanchas eran suyas, podría dar pesca, gratuitamente, a los pobres. La solución era redonda.

Pero todavía le quedaba al celoso párroco una preocupación, porque ¿qué pasaría si después de compradas las lanchas se le fueran los chicos, a otras embarcaciones, dejándolo solo? He aquí otro problema que convenía atajar a tiempo. Afortunadamente, éste es de los que se resuelve con un reglamento. Y el buen señor hizo la Ordenanza de la Hermandad en la que disponía que la Parroquia no tendría más participación en los beneficios que la que obtuvieran los pescadores, a pesar de ser la propietaria de los cascos y de las artes, pero que los tripulantes no podrían «abandonar las lanchas de la parroquia para pescar en las de otro pueblo, a no ser para ascender a maestre». Se comprende la excepción; el buen párroco era comprensivo. O, para ir a la Armada o en viaje de Indias.

Y así fué como la parroquia de Rentería, después de atados todos los cabos, compró las lanchas y se hizo a la mar.

M. CIRIQUIAIN-GAIZTARRO